

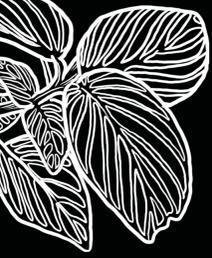


# Somos abrecaminos

Un relato de Laura Ortiz Gómez



LEGADO | COMISIÓN DE LA VERDAD



# Somos abrecaminos

Juan, Marina, Walter  
y  
Laura Ortiz Gómez

# **Somo abrecaminos**

Autora

**Laura Ortiz Gómez**

Ilustraciones

**Eduardo Medina Saavedra**

**Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición**

**Francisco de Roux Rengifo**

Presidente

**Gerson Arias Ortiz**

Director para el Diálogo Social

**Paola Forero Acosta**

Coordinadora Enfoque de Curso de Vida y Discapacidad

**Víctor Capador Salinas**

**Margarita Rosa González Rangel**

**Wilson Martínez Ramírez**

**Adriana Peña García**

**María Elena Rodríguez Sánchez**

Enfoque de Curso de Vida y Discapacidad

**Diseño y diagramación**

Alexa Ospina Blanco

Esta publicación contó con el apoyo de la **Fundación PLAN**

Las opiniones expresadas en este libro son exclusiva responsabilidad de la autora y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.







# El poder de cambiar el rumbo

La Comisión de la Verdad ha recorrido el país para escuchar y dialogar con las diferentes comunidades y sectores de la sociedad colombiana para comprender las huellas del conflicto armado en sus vidas. En estos tres años de camino, las y los jóvenes han sido protagonistas con sus testimonios y reflexiones y se han consolidado como abanderados de la verdad en los escenarios de diálogo y escucha.

Las juventudes han hecho un llamado al país sobre la importancia de reconocer las verdades del pasado y transformarlas en un presente y futuro lleno de oportunidades, en donde la diferencia no sea causa de fractura sino de encuentro y reencuentro. Las oportunidades que quieren los jóvenes sirven para edificar un futuro compartido que nos interpele a reconocer las heridas y cicatrices de la guerra y desde ahí construir los cimientos de la reconciliación.

El mandato de la Comisión de la Verdad no sólo se centra en el esclarecimiento del pasado del conflicto armado, también tiene una vocación de futuro: la pregunta por la situación pasada y presente de los jóvenes es esencial para la no repetición pues en ellos recaerá una parte de la adopción de las recomendaciones que hace esta Comisión. Así, los jóvenes son, por un lado, destinatarios de las intervenciones encaminadas a la no repetición, pues son quienes viven gran parte de las condiciones asociadas con el origen y prolongación del conflicto. Por otro lado, son artífices y promotores de las recomendaciones y del cambio social: en sus propios testimonios revelan la importancia de su accionar como determinante en la construcción de paz. Los jóvenes han sido y serán impulsores de iniciativas de paz comunitarias, barriales, municipales, departamentales y nacionales.

*Somos Abrecaminos* sintetiza esa ambivalencia. Se presentan los roles y afectaciones que han tenido las juventudes en el conflicto armado colombiano y, al tiempo, sus formas de afrontamientos y resistencias que configuran una ruptura con el pasado violento e injusto. En esta obra se reconoce que la existencia del conflicto armado les niega su capacidad de agencia. En los jóvenes hay una *conciencia* de su propio potencial de acción, una *voluntad* de embarcarse en la acción colectiva y un *conocimiento e interés* de alterar el rumbo de la sociedad en la que viven. Nada más lejano de la realidad urbana y rural de las juventudes que la imagen del joven pasivo e indiferente. Todo lo contrario; en los jóvenes reposa una energía vital que se pone al servicio de una Colombia en paz.

Esta obra nos confronta con historias de crueldad, pero también con el coraje de los jóvenes para sobreponerse a la violencia y construir un camino distinto. Sus historias nos contagian de la fortaleza para seguir creyendo que es posible vivir en un país en paz.

Lucía González Duque

*Comisionada de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*

*Bogotá, 23 de mayo de 2022*

# Un homenaje a la juventud

La juventud ha jugado siempre un rol protagónico en la historia del país, sus contribuciones han sido significativas y la historia política colombiana, aunque ha tratado de ignorarles, se debe escribir desde su resistencia y movilización. Sin embargo, también han pagado un precio muy alto, desde los mismos orígenes del conflicto la violencia contra la juventud ha sido muchas veces invisibilizada, otras veces ignorada, generalmente naturalizada e incluso en varios momentos justificada. La historia de la guerra en Colombia, es también la historia de miles de jóvenes que han muerto, han sido dados por desaparecidos, han sufrido abusos, torturas, retenciones, violencia sexual, estigmatización, instrumentalización de sus cuerpos, etc.

Sin embargo y a pesar de todo, la juventud siempre ha estado ahí, resistiendo y construyendo caminos que lleven a la paz y a la reconciliación. Soñando con que este país puede tener un futuro mejor, persistiendo para lograr que las próximas generaciones tengan una vida distinta, sin miedo, en donde se pueda ser lo que se elija ser y en donde las diferencias se resuelvan con diálogo. Y en todo esto el arte siempre ha sido una herramienta fundamental, en este país por cada bala ha habido una expresión artística que la resiste, ha habido un joven o una joven que canta, que baila, que pinta, que escribe, que actúa. El arte ha sido una herramienta para hacer memoria, para construir paz, para seguir insistiendo.

Por eso, este libro es un homenaje a la juventud, al arte, a la paz y a la resistencia pacífica. A través de los ojos de tres personas que cuentan sus vivencias, Laura Ortiz presenta, con gran acierto, una serie de historias de vida que llevan a reflexiones más colectivas que nos recuerdan el dolor pero también la esperanza y las ganas que tienen las nuevas generaciones de escribir un

relato diferente. Para Fundación PLAN es realmente grato ser parte de este proyecto, trabajamos con jóvenes en temas que van desde la construcción de paz hasta la migración y la respuesta a emergencias, pasando por la participación, el fortalecimiento organizativo, la educación y el empoderamiento económico, siempre con enfoque de género y con una marcada mirada territorial. Creemos en el poder del arte y la cultura como herramientas transformadoras de realidades y confiamos especialmente en que esta generación joven, que presencié la firma de los acuerdos nos lleve a esa paz que soñamos como sociedad

Angela Ánzola de Toro  
*Fundación PLAN*

# La escucha es un puente que atraviesa la herida

Para la escritura de estos textos me reuní virtualmente con tres jóvenes colombianos, que abrieron la intimidad de sus vidas para narrarlas. Escucharlos fue un ejercicio sagrado, contundente y desgarrador. Sentí que, en la brevedad de nuestros encuentros, sucedió algo muy intenso. Sentí que habíamos atravesado juntos una ceremonia muy antigua: mirábamos el abismo incomprensible de la violencia y allí de alguna extraña manera encontrábamos toda la belleza rotunda de estar vivos y ser humanos.

Sentí que habíamos atravesado una selva sin luz juntos y que habíamos salido más fuertes al otro lado. Ellos agradecían que les escucháramos, porque en sus historias, por dolorosas que sean, está cifrado también lo más hermoso, lo fundamental, lo terriblemente tierno que les compone. Yo ahora quiero agradecerles, porque salgo expandida del encuentro. Porque mi pequeña mirada del mundo se ha ensanchado con sus historias, con sus miedos, con sus victorias. Mi mundo se hincha, se complejiza, se colorea. Me honra haber sido cuenco para sus voces.

Quiero agradecer a la Comisión de la Verdad por esta oportunidad, a todas las personas que han trabajado estos años en esta tarea titánica y urgente de escuchar las voces del conflicto armado. Puedo imaginar lo difícil y bello que ha sido. Siento una admiración inmensa frente a la labor de la Comisión de la Verdad y luego de este breve ejercicio, creo que no hay otro camino para salir de la guerra, más que la escucha profunda. Porque la verdad objetiva, bien puede no existir, pero en cada persona del país habita una verdad interior que es humana, compleja y por ello, trascendental.

Quiero agradecer a todos los jóvenes que trabajan en la Comisión de la Verdad, que ponen su cuota de esperanza, de resistencia, de creatividad, para que la paz se llene de nuevos y más vivos significados.

Agradezco a todas las víctimas del conflicto armado en Colombia por darnos tantas lecciones de verdadera integridad.

Les pedimos perdón por no haber podido escuchar.

Laura Ortiz Gómez



**Juan es muchos**



“Luna de los pobres, siempre abierta  
Yo vengo a ofrecer mi corazón  
Como un documento inalterable  
Yo vengo a ofrecer mi corazón”  
Fito Páez

No se ve nada y todo suena. En la noche cerrada no hay soledad. La negrura espesa está habitada por ruidos que anuncian lo vivo. Suena el río incansable, suenan las ranas, suenan los insectos como destellos. En el fondo suenan trazos de mamíferos y reptiles que no duermen.

### **En la noche cerrada no hay soledad.**

Juan tiene seis años, puede ver la silueta de sus tíos enormes, de su padre gigantesco, tirando atarraya en plena oscuridad. *Porque en el llano se debe pescar cuando no haya luna, si hay mucha luna, el reflejo hace que los peces lo vean a uno.* Juan vive en Lejanías- Meta y ama a su padre, así como ama a su abuela, así como ama al árbol de manga, así como ama a los colores, así como todo se le hace una sola cosa que está viva y es enorme y palpita, llena de pulpa dulce-ácida. Y que es inevitable amar.

Juan se fija en su padre, con la pupila dilatada al máximo. Es un niño gato, que espía su origen. Es un ojo que se abre para ver la sombra dentro de la sombra. Ve a su padre que saca un pez enorme y se maravilla. *Y yo con la ansiedad siempre de pescar.* El pez es un animal grandísimo y aletea en el viento, con la dignidad de todos los seres vivos que rehúsan la muerte. *Eran enormes porque yo era muy chiquito.* Piensa que eso tan superlativo es un monstruo y que su padre es capaz de dominar las creaturas del río. Juan de seis años sonrío sin que nadie lo vea, pero algo de su sonrisa, relampaguea en la oscuridad. Su papá es una presencia ineludible, in-esquivable y bella. Su padre que pesca en la noche.

*Gracias a mi abuela, todos y todas en mi familia nos consagramos al cuidado de la tierra. Entonces nuestra casita familiar, en donde vivía-*

*mos muchas personas, quedaba rodeada por dos ríos. Y todo es Lejanías, y Lejanías es en realidad lo más cercano al corazón.*

Juan ya no tiene seis años. Juan es un joven que cuando sonrío se le achinan los ojos, marcando una encantadora pata de gallina. No puedo dejar de pensar en que es un abuelo niño. No puedo dejar de pensar en las ochenta vidas que anidan en su cuerpo de ventipico. Juan está curtido y al mismo tiempo es blando. Es muy fácil entrever entre sus arrugas de sonrisa, a un niño de seis años. El niño que de algún modo sigue siendo, el niño que se rehúsa a ser. Porque Juan es muchos y quiere ser muchos: *Como yo he dicho siempre, yo soy más que Juan. Soy un Juan más, cualquier Juan, de cualquier lugar de nuestro país. Del sur al norte, de oriente a occidente. Somos una historia repetitiva, somos una historia cíclica marcada por la carencia, por la creatividad y la violencia. Somos los Juanes del no futuro, que a pesar de todo estamos aquí tratando de inventarnos uno.*

Su nombre real no es Juan. Pero en un momento me confiesa que es fan de *Los Miserables* de Victor Hugo. Y yo pienso, bueno, serás entonces uno de los tantos *Jean Valjan*, que surcan el mundo tratando de hacer el amor en silencio y te llamarás Juan.

Juan vive ahora en el primer mundo como refugiado político, luchando como migrante por unos papeles con sellos, que le legitimen su derecho a estar donde ya está. Juan batalla contra el absurdo burocrático. En su cara se ven la esperanza y el miedo, en igual medida. Su pata de gallina, marcando la dulce mirada, me habla de muchas noches sin dormir recordando tal vez, los balazos que atravesaron los cuerpos de amigos queridos y de noches esperanzadas bajo la influencia bendita de alguna ginebra soñando mundos (aún muy utópicos por venir). Juan fue expulsado de Lejanías, de su barrio, de su familia campesina, de su entraña. Juan fue expulsado de su padre y esa ausencia es todavía tan enorme que se debe rodear con pasos de seda porque está minada de silencios.

## **Mi padre entra en un estado de desaparición.**

Yo me pregunto ¿Qué carajos es entrar en un “*estado de desaparición*”? Y me golpea como un martillo: Un estado de desaparición es un umbral, un lugar del que no se sale, la falta de un cuerpo amado para llorar. Es un duelo inconcluso, infinito. Es un agujero negro, en el centro de la galaxia que es uno mismo. La desaparición es llorar una muerte infinita. Y entonces me dan ganas de abrazarlo en el centro de su corazón, a riesgo y también a honor, de ser tragada por el hoyo negro.

Antes en Lejanías, Juan fue un niño intrépido. Saltaba, corría, inundaba la finca con su cuerpo. Por todo lado, junto con la voz del monte: su risa. Mientras su mamá lavaba ropa en el río, buscaba maneras para tenerlo cerca. *Mi mamá me tenía que amarrar, marica. Me amarraba por la cintura con un lazo, de un árbol de mango. Casi siempre me le soltaba.* Juan encontraba la manera para deshacer los nudos y seguir corriendo, relampagueando. Pienso que sigue teniendo poderes de escapista, que se le ha soltado a la muerte dos veces, a la pobreza, al dolor, a la angustia. Juan a través del tiempo sigue corriendo, indomesticable. ¿Puedes escuchar su risa? Y en la mitad de las carcajadas, ¿puedes escuchar su llanto?

En el centro de su universo aún huele a mango. *Mi fruta preferida con la que moriré en mi olfato, es el mango. Si hay algo que me evoque la memoria es ese olor. Nada más. Si lo huelo, uy jueputa. Me acuerdo de mi abuela, de todo, me acuerdo de todo. En la casa de la abuela hay un árbol de mangas, que son de esas que pasan de un verde mate, a muy roja y amarilla. No huele lo mismo cuando está verde, a cuando está amarilla o cuando está roja. Esos tres aromas son la metáfora. Allá le llaman manga real, si tú ves detenidamente la forma del mango es un corazón.* Sí la metáfora es el mango y el mago es el corazón, el tiempo dentro Juan cambia de color.

## No es lo mismo estar verde, o estar rojo, o amarillo.

Juan cierra los ojos para resistir y ver colores. Este joven kinestésico que de pequeño cogía culebras con la mano, encuentra en los olores de su infancia un compás para atravesar la zozobra. *Si mi vida no se hubiera cruzado en ese momento de la infancia con ese lugar, no estaría aquí contando la historia. Lo que me ha salvado es recordarlo, vivirlo y saberlo. Saber cómo caminar en la noche, por ejemplo. Porque no sabemos hacer eso, no sabemos si no caminar en la noche bajo los alumbrados de la ciudad. Pero piérdanse ustedes en un paseo en la noche y el solo ruido del monte los confunde.*

Como una planta que se saca con un solo movimiento brusco y la raíz queda expuesta al aire, así, Juan aterrizó en Cauca. Llegó al barrio, a los 11 años. El frío se tragó todo: los verdes, los sonidos, los olores. *El clima me pegó durísimo, eso era mucho frío. Llegamos en una jornada en la que había mucha lluvia, había muchos deslizamientos en esa zona, había mucho barro. Sentía frío, mucho frío. Sentía frío y la impotencia porque ahí lo único que yo veía era el sufrimiento de mi madre.*

¿Cómo comprender ese corte? ¿Ese tajo? ¿Ese barrio tan lejos de Lejanías? Y la ausencia. ¿Cómo preguntar por él que falta, si su ausencia se traga el aire? *Yo no sabía nada del mundo, porque mi madre, mi padre, mi familia, nos habían dado la posibilidad de ser unos niños de campo y ya. Sin pensar que alguna cosa mala nos fuera a pasar. Entonces yo entraba como en ese estado.* Me imagino a un Juan chiquito, entrado en ese estado, que no se llama tristeza. Que se llama *ese*, y es una niebla omnipresente. Llovía, las tejas sonaban, no paraba de llover. *Una cuchillada del amor.* La tristeza es una palabra que cojea, para hablar de Juan frente al frío.

*Yo le decía: Ma, no se afane, tenga mi cobija. Era mi forma de solucionar el problema. No entendíamos por qué no estaba el cucho pero no ahondábamos porque veíamos sufrir mucho a mi mamá. Además, mi mamá estaba lactando para la época. Era duro.* Duro como ese barrio extraño, pelado, de tierra y piedra. Y en ese gesto de dar la cobija a la ma-

dre ¿Cuánta ternura? ¿Es posible cuantificarla? Ahí, en ese gesto mínimo, encuentro lo enorme de Juan. Esas ganas de abrigar al otro, esas ganas de quitarle el frío, esas ganas de compartir la cobija. *Yo no voy de frente contra el mundo, yo trato es de no darle la espalda al mundo. Vivir tranquilo es pensar en el otro.*

## **Ser es estar en otros.**

Pero entregarse al otro no es fácil, ni barato, ni ingenuo. Porque Juan creció con el barrio y encontró muchos como él, vio cómo su historia se multiplicaba. *¿Cómo puedes llegar a tus 40 años, y vivir una juventud donde la mayoría de tus amigos del barrio si no están en la cárcel, han caído asesinados? ¿Cómo tú puedes estar vivo contando historias cuando a los 12 años viste tu primer muerto? ¿Cómo puedes tener una disposición de entender a otro, cuando has estado en más 16 fosas comunes haciendo reconocimiento de cadáveres?*

Yo le digo que no sé y el niño Juan, me presta un pedazo de su manta: *No hay ninguna alternativa de vida, distinta a la esperanza.*

Cazuca creció vertiginosamente como Juan. *En el 93 Altos de Cazuca era un pueblo más al lado de Soacha, al lado de Arbozadora Alta. Era un barrio de invasión. El campo era bastante grande. Los vecinos inmediatos siempre quedaban como a unas 20 cuadras hacia abajo y luego 20 cuadras hacia arriba, y ya luego solo quedaba el tanque en Santa Viviana en Ciudad Bolívar y de ahí pa 'bajo ya Ciudad Bolívar. Les estoy hablando del 93, eso es como la construcción de toda esa loma, lo que llaman la media luna sur.*

Pero con el tiempo los vecinos se multiplican por todos lados, brotan, llegan como oleadas. Y Juan busca con quien compartir sueños más grandes. Se resiste a la pequeñez del sueño individual que le queda estrecho, como si fuera ropa prestada. *Hay millones de personas en Colombia que luchan por materializar así sea un sueño chiquito, así sea la cosa más ínfima del mundo. Creo que eso ha sido la gran trampa por la cual hemos caído.*

*Miles y miles de hombres y mujeres jóvenes en nuestro país se han perdido porque el sueño chiquito no se comparte, si no que se vuelve egocentrismo. Yo le agrego las palabras del poeta Atahualpa Yupanqui, ¿Para que bregar tanto por sueños ínfimos, cuando al final de la jornada laboral las penas son de nosotros y las vaquitas siguen siendo ajenas?*

Ahí es cuando Juan resuelve hacer menos pesada la soledad y ponerse a trabajar desde el arte y la pedagogía con otros como él. *Decidí llegar a trabajar con jóvenes en algún momento porque yo dije: - Es que yo soy joven. ¿Con quién trabajo? ¿Qué hago? ¿A quién le echo el carrito, que me entienda? Si yo le hablo de estas cosas a los adultos me sacan de taquito. Porque los adultos pretenden eso, que uno tome partido, que uno se oriente, que uno vaya y sea sumiso. ¡No! En cambio, yo voy con lo pelaos.*

Cuando tenía seis años y vivía en casa de su abuela, Juan reinaba en el mundo con la carita al sol y domesticaba seres salvajes. *Yo de repente resultaba montado en el ganado; en una vaca, en un toro. Yo terminaba montado en el ganado del llano que es el ganado cebú, que es bastante agresivo. De hecho, fui muy famoso en esa época, porque a mis tíos que ya eran más grandes y conocían las cámaras fotográficas, les encantaba hacerme fotos a mí montándome en los toros.* Todos quedaban aterrados, al ver al pequeño niño en los lomos de los animales. Será que Juan no les era ajeno, será que los toros percibían en él los olores del mango, los acordes de la pastura, la textura de los miles de verdes del llano. Juan nunca se ha llevado mal con ningún animal. Será porque Juan es salvaje ternura, que rasga el viento.

Trabajar con jóvenes en el barrio, lo hizo visible. Algunos se aterraron de ver su fuerza movilizándolo, como si vieran a un niño sobre el lomo inmenso de un toro cebú. Esta vez también fue famoso, pero en el barrio ser visible se paga caro.

*Yo he estado en listas de la mano negra, he estado en las listas de las águilas negras, he estado en las listas de los paramilitares en Cazuca. He estado en las listas de la limpieza social.*

Imagino ver su nombre, en una lista de la muerte. Una lista que alguien escribió letra a letra, como si su vida enterita-toda: sus sueños, sus miedos, sus triunfos, la gente que amó, sus mezquindades, su tristeza, sus inseguridades, los recuerdos, los colores, las caricias, el hambre, la esperanza, los animales que acarició, el abrazo, su sexo y su vida, pudieran ser de alguien que se otorga el poder de decidir sobre ellos. Como si todas las partes que le componen fueran desechables. Como si Juan, y su complejidad no valieran nada y como si se pudiera encerrar, en una palabra: en su nombre, todo su enorme corazón de mango. Las listas de la muerte son el género más absurdo de la escritura y prendería fuego a todas las palabras del mundo, sin pensarlo, para que nunca jamás exista manera de escribirlas.

Y a este dolor se le suma otro dolor más sórdido. A este frío, se le suma otro frío: la crueldad del otro que te deja tan terriblemente solo. *Pero eso, los otros lo toman en chiste. Es nuestro chiste negro de colombianos, que pareciera no acabarse. Ahora vienen y amenazan a alguien y hay gente a la que le parece gracioso, hay gente a la que se le vuelve natural y lo asume como diciendo –ah, por algo será. Hay gente que lo permite. Hay gente que lo aplaude. Incluso en redes sociales, hay jóvenes escribiendo cosas como –Ojalá se muera. Ojalá ruede su sangre.* Yo quiero decirle a Juan que sí nos importa y pasarle nuestra parte de la cobija, pero hay gente que no quiere arroparlo, y por esa vía todos nos morimos de frío. No arrojar la vida esa es nuestra peor crueldad aprendida. Estamos rotos, nuestra brutalidad no tiene nombre. Estamos en llamas. Somos un desbarrancadero. Hemos olvidado que *Ser es estar en otros.*

A Juan lo salva el llano. Juan es resistente y blando como una rana platanera. *Las ranas plataneras son unos sapos gigantescos, alcanzan a medir en lo alto hasta 15 centímetros. Cuando vas caminando en la noche escuchas una palabra, al unísono. Como si dijeran: oeeeeeee, oeeeeeeee. Su parte de abajo es blanca. Porque ellos se entierran durante todo el día por el calor. Se meten en huecos en la tierra y en la noche salen. Y tienen como una coraza.* Juan supo enterarse cuando todo estaba caliente y huir, con su palabra en la noche. Míralo ahí va cantando al atardecer como un sapo, igual que el sobreviviente que escapa de la tierra.

*Nos hicieron un atentado en la fundación, nos asesinaron a uno de nuestros compañeros, hirieron a otro y a mí me sacan por esa razón del país. Pero semanas antes habíamos estado compartiendo con unos amigos en el barrio, ahí en Cazuca. Y de buenas a primeras, un personaje paraco, reconocido por todo el mundo, llega. Se sienta con nosotros, nos invita a una cerveza y nos habla de manera muy sentida diciéndome a mí: Juan, váyase marica, me dijeron que lo tenía que matar, y yo no puedo hacer eso. Yo no lo puedo matar a usted.*

El hombre no es capaz de matar a Juan, tal vez porque le pasa como a los toros cebú. Tal vez presente en él, un olor intenso a manga real, una intensidad de verdes indomable, la textura insondable del viento. No lo mata, porque no todo está perdido, porque Juan le ofrece su corazón de niño, su corazón de Lejanía.

*No quiero verme muerto y no haber hecho ni puta mierda. Porque si me hubiera quedado en Colombia como se pretendía ya seguramente me estarían velando. Y seguramente también me hubieran hecho homenajes. Pero yo también estoy en mi búsqueda. Yo no me quiero morir de viejo, si no de niño. Mi sueño cuando sea grande es ser cada vez más pequeño. Más pulcro, más honesto, más digno.*

*No hay ninguna alternativa de vida, distinta a la esperanza.*

**Marina:  
calladita nunca es  
más bonita**



“Esquivar la muerte es nuestra realidad  
Es el precio que pagamos por tu comodidad”  
Plu con Pla

Marina tiene 21 años, su presencia es firme, su voz es dulce. Habla rápido y lo que dice es contundente. Su voz encapsula escenas rotundas. Sonríe poco durante nuestra charla, pero cuando lo hace se escapa de su cara toda la luz del mundo. Le pregunto por su animal favorito y me dice que le gustan mucho los gatos, pero después dice: *¡Ah, la pantera! Me encantan las panteras*. Ahora que pienso en ella, encuentro que, Panthera es el género que agrupa a todos los félidos que son capaces de rugir. Y sí, Marina es capaz de rugir incluso allá, donde reina el mandato del silencio. Marina es capaz de rugir como mujer joven y es capaz de una sonrisa tan honda, que puede hacerte un hueco en el pecho. Ten cuidado, que lo que parece un gato en la noche, puede ser un lamento más viejo.

En los gestos de Marina, en su voz, en su cuerpo, se puede sentir un recelo. Esquiva nuestras preguntas, como un gato elástico. Pero es extraño, porque al mismo salta al centro de la historia. Se lanza a la verdad de su vida como a una presa, con rapidez y lucidez. Está abierta y al mismo tiempo está cerrada. Vigilante y centrada, nos mira con sus grandes ojos negros. Yo siento vergüenza, porque es verdad que yo no sé cómo es vivir en el horror. Así, como dice la canción “Vos Sabes” del grupo de Tumaco Plu con Pla:

“El transporte la movilidad son los problemas de la gran ciudad.

Mientras que aquí nos vemos caer, uno a uno desaparecer.

No vives aquí

No sientes temor

Tú no sabes que es vivir

En el horror

Que fácil te resulta opinar y decidir

Cuando no son tus hijos los que van a morir

Sigue mirando desde la barrera

A la distancia, que todo suceda

Que continúen esa fue tu decisión  
Ignorando años de exterminación”

Siento vergüenza y admiración. Sostengo su voz y su mirada, a sabiendas de que mi cara blanco-mestiza coincide con la cara de quienes por siglos han oprimido a su pueblo. Consciente de que esa herida es profunda en el tiempo, como una perforación petrolera que toca el nervio de una larga lista de abuelas y bisabuelas y tatarabuelas. Las mujeres en la historia, frente al horror. Quiero merecerme su sonrisa. Quiero que sus palabras duras y rápidas, salgan disparadas como piedras que nos peguen en el plexo solar. Quiero ser un canal para que su voz retumbe. Para que el dolor de su cuerpo drene y que en este texto ella también baile.

*Creo que siempre lo he entendido porque yo no nací fuera del ambiente del conflicto, o sea, desde que tengo conciencia el conflicto siempre ha estado muy presente. Entonces son cosas que uno ya va entendiendo desde muy pequeño. Más bien se normaliza y es como muy normal escuchar hablar de balas, de disparos, de gente corriendo, de muertos, que tal fulanito, que les tocó correr, que les tocó salir, que los amenazaron.* Imagino a Marina de 7 años sentada, con sus ojos muy abiertos. Toda la familia se reúne para celebrar el fin de año alrededor del fuego, en la casa de la abuela en Tumaco. La humedad chisporrotea, suena música en el fondo, suenan algunos pájaros de la noche. Los adultos cuentan la violencia, la cuentan como si no doliera, pero es porque duele tanto. *Todas esas palabras si las he entendido muy bien desde muy pequeña.* La familia de Marina está desperdigada, aunque ahora los reúna el fin de año y el fulgor del fuego. Porque esos disparos, esas escenas de gente corriendo, ese ¿A quién le tocó morir ahora? Ese horror ha atravesado la historia de la familia, que se ha movido por el país para salvar el pellejo. Cuando la pérdida está tan adentro ¿Cómo rugir ese dolor? ¿Qué palabras usar para nombrar la guerra, cuando el corazón tiene que estar blindado y las palabras suenan vacías como el coco?

Marina fue una niña fuerte como la percusión tumaqueña, no quería cositas rosadas, ni muñecas para maternas, ni quedarse sentadita para que no se levante la falda. *Había una niña (mi mejor amiga) era menor que yo por*

*dos años, ella no sabía pelear. A ella siempre se la montaban, ella es blanquita, y yo salía como una fiera detrás de Rosa a defenderla. Yo creo que de alguna forma siempre he tenido eso en mí, como intentar ayudar a los demás, a los más vulnerables. Pienso que el rugido es una fuerza que no se apaga, que pueden intentar silenciar un latido, pero que hay fuerzas que salen de un lugar tan digno que son imparables. Mira, detente conmigo, a ver la fuerza de la niña Marina: Entonces yo me juntaba con los que no hablaban, con los que se sentaban por ahí atrásito y empezaba a molestar ahí, y empezaba a hacer amigos, y yo los llevaba de un lado a otro. Porque yo era muy jodida, muy jodida en el colegio, yo mantenía en coordinación todo el tiempo. Y yo me los llevaba para un lado, me los llevaba para otro. Porque ser “buenita”, no es solo abrir el corazón de un tajo y dejar que entren los excluidos, si no tener la fuerza para llevarlos de un lado al otro, y abrir con las garras un espacio que no existía para que jueguen. Marina luna, hija del jaguar. Un cachorro enorme que nos invita a bailar. Ese ritmo que suena enojado, pero que es amor. En la rabia roja frente a la injusticia, habitan ráfagas de amor. Ser líder es cuidar con las uñas y las entrañas.*

## **Una líder siempre te invita a jugar-jaguar.**

*Cuando tenía 7 años, mi hermana me mandó a comprar, creo que fue un queso, y a mí no me gusta hacer mandados entonces yo empecé a discutir que yo no quería ir a comprar. Pero igual como soy una de las menores y la más pequeñita obviamente me mandaron a mí y yo fui. Y cuando yo iba va pasando, un chico iba pasando en su moto. Y como yo venía hablando sola porque estaba enojada porque me mandaron a comprar, iba renegando hasta más no poder. Entonces él me mira que voy hablando sola y se ríe. Continúa su trayectoria en su moto, pero como unos métricos más allá empiezo a escuchar los disparos. Es una cosa impresionante porque él literal me mira, me sonríe y pasa menos de un minuto, como 30 segundos que él va en la moto y suenan los disparos. Y yo escucho la moto que cae y literal me quedé parada ahí simplemente mirando, la imagen es borrosa aún porque de muy pequeña no me gustaba recordarlo, hacía de cuenta que nunca había pasado.*

*Caminaba, recuerdo que caminaba y seguían sonando los disparos, incluso los disparos paraban, pero en mi mente seguían sonando los disparos.*

Esto así, cruel y descarnado es crecer en Tumaco. Todo lo más cercano, lo más cómplice, como esa sonrisa que una niña cruza con un extraño, un segundo después se acaba. Lo acaban. Así. Pum. Se acaba una infancia, de un tajo. Una niña sale a comprar un queso y se topa con un asesinato. Se topa con que las personas pueden sonreír con ternura, pero también son capaces de matar a otro humano como si nada. Aprende la belleza y lo sórdido en minutos. ¿Y nosotros en nuestro sofacito mullido de la ciudad escuchamos esa ráfaga de disparos? ¿Escuchamos el eco de las balas en la mente de la niña? ¿Dónde carajos estábamos? ¿Por qué estamos sordos a los tiros y a los niños que los escuchan en bucle? *Y yo camine, camine hasta que una vecina del barrio me mira y me grita: “Marina usted para donde va, ¿Qué no está escuchando?” y me agarra y me entra a la casa de ella. Entonces luego, como unos 10 minutos, ya todo el mundo empieza a salir para ver porque ya era la normalidad que mataran a alguien en mi barrio, para ver quién había sido la nueva víctima, porque eso era así, quién había sido la nueva víctima.*

## **Llegué a mi casa y no dije nada.**

Marina borra este episodio por muchos años, lo esconde por allá en el fondo de su cuerpo de niña. Tal vez lo hace para resguardar la belleza de su infancia, para decir, hubo amor y hubo juego y yo me llevaba a los niños más frágiles a jugar. ¿Será por eso que nos cuesta tanto escuchar el dolor ajeno? ¿Queremos proteger la belleza del dolor de país que nos acecha? Dice Santiago Alba Rico en su texto *Sobre el derecho a sufrir*: “Entre cuerpos, en el espacio y en el tiempo, todo es potencialmente doloroso. Ese dolor es inseparable de la belleza.” ¿Será que, para ver toda la belleza de Marina, tenemos que estar abiertos a escuchar todo su dolor?

El dolor tiene formas de encontrarnos. Marina de doce años vuelve a recordar este episodio: *Me metí a la mesa constructiva de políticas públicas de*

*Tumaco, entonces empezamos a analizar algunos casos. Y resulta que salió el del muchacho y ahí fue que yo miré la foto y literal me acordé, porque yo no me acordaba, yo no traía ese recuerdo a mí, nunca. Miré la foto y me acordé, ahí fue que yo dije: verdad. Empecé a preguntar que quién era, que qué hacía, y me dijeron que él era presentador en el canal ese. Y pues no sé qué había dicho el muchacho, o sea, había empezado a contar la verdad, la verdad de lo que sucedía en Tumaco y lo mataron por eso: le agarraron rabia y lo mataron por eso. Aquí se arma la gran paradoja, si hablas te matan. Si quieres proteger la vida de otros hablando, te matan. Y si te duele el otro te matan. ¿Qué hacer con ese rugido que se va hinchando en la boca del estómago? Y que lo mataran así por así y que nadie hiciera nada y nadie dijera nada, y que la única testigo fuera una niña, entonces como que también la crueldad de la comunidad. La comunidad se vuelve muy cruel en estos escenarios, es como que ya se normaliza tanto que uno ya no se cuestiona, ya uno no se pregunta por qué y si se pregunta por qué es como para darle la razón al asesino, se podría decir: ¿Qué se puede decir? ¿Qué hacer con ese rugido que se va hinchando en la boca del estómago?*

Pero Marina es indomesticable y en su adolescencia se partió en dos: un gato pequeño en la calle y una pantera en los pocos escenarios en dónde por fin se podía sacar la voz. *Y era como que había dos Marinas: la una que era la que estaba en el barrio recochando en la esquina con sus amigos; y la otra que estaba allá, tratando de aprender y educarse de referente a la política, más que todo de niños, niñas y adolescentes que era la que trabajamos. Y, por ejemplo, íbamos al ICBF a conocer los casos de los niños, a pelear, a discutir (porque yo era la que más mantenía jodiendo), a pelear, a discutir “por qué esto”, “por qué no esto”, “por qué lo otro de acá”, “por qué no lo de acá”. Pero creo que nunca uní, o no conscientemente, ambos contextos. O sea, uno era uno y el otro era otro, y nunca analicé la idea de unirlos y cómo que de entender que sí se podía.*

En el barrio la cosa era a otro precio, en el barrio era muy claro lo que se podía decir y lo que no. En las esquinas, en las calles, desde las ventanas de las casas, en la humedad, en el cuerpo, las miradas pegajosas de los hombres.

El propio cuerpo, las propias tetas, las propias piernas como un territorio en disputa. Sentir que una no se pertenece a una misma, que la sensualidad aún incipiente, la piel, todo, quiere ser invadido por unos tipos que nadie invitó. Sentir que otros se dan el lugar de sexualizar tu cuerpo, cuando aún no has tenido ni el tiempo de descubrirte con la ternura de tus propios dedos. *Ya en la calle, ya se hace más fuerte, uno es más consciente de ello porque los cambios ya en el cuerpo son. Ya todo el mundo los nota. Entonces viene el acoso, por parte de la comunidad masculina hacia las mujeres. A mí me fastidia mucho, aun no sé cómo reaccionar a algunos comentarios y me fastidia mucho. Y resulta que me da mucha impotencia tener que quedarme callada. No poder decirles su poco, insultarlos, porque es un atrevido por estar diciendo ese tipo de cosas a uno.* El miedo a los tipos y sus armas y las ganas de gritarlo todo. La rabia en el esófago, las costillas en fuego, una indignación de lava. Quiero ser pantera. Quiero interrumpir esas miradas y pegar unos zarpazos y llevarme a Marina a jugar a otra parte, un lugar donde las niñas no maternan muñequitas y pueden decirlo todo porque calladitas no se ven más bonitas.

*Y era como que yo mantenía rodeada con, con un ambiente tan masculino porque mujeres habíamos tres, que siempre estábamos ahí y eran como siete o nueve hombres, si no estoy mal. Y sucede. Cuando yo tenía los catorce, matan al hermano de uno de mis mejores amigos. Y pum. Otra vez algo que se rompe de manera contundente. El dolor se vuelve muy intenso y muy presente. Como la carne viva dentro de la carne viva. Esa violencia que merodea por el barrio, encuentra la manera de meterse en lo más íntimo y pega un hachazo en el centro.*

## **Y sucede.**

Sangra quien muere, sangra quien lo ama, sangra el tejido. Cuando matan a alguien sangran los vínculos y se hace muy difícil respirar. *A mi amigo le dio muy duro la noticia y él se suicida. Yo me culpé muchos años por eso, porque yo fui la que lo encontré, porque yo iba mucho a la casa de él, vivíamos muy cerca. Yo me pregunté qué habría pasado si yo hubiese llegado antes, un poquito antes.* En ese *poquito antes* cuánta impotencia

en la espalda de una adolescente de catorce años. Cuánto sin sentido. Una cadena de dolor, una onda expansiva que repercute en muchos, que parece un dominó caótico que se derrumba de manera permanente. Caídas encadenadas que se lo llevan todo por delante. Esa punzada tan intensa que puede torcer el corazón. *Mis amigos querían cobrar una venganza que no les pertenecía. Porque de eso se trata, de venganza, la mayoría de los que están ahí en el bando es por venganza o por poder, pero la gran mayoría es por venganza.* Esa punzada tan intensa puede torcer un barrio. El dolor sin procesar puede torcer un país. *Y el grupito que siempre teníamos de los niños, porque éramos niños, ya no estaba. Ahora eran adolescentes que se creían adultos y que se sentían con más poder por tener un arma en la mano. Porque a nosotros nos intimidaban mucho, porque los mismos que están allá son amigos de uno de crianza o de nuestros hermanos mayores, entonces uno ya los conoce y uno sabe. Entonces generalmente a uno le da mucha rabia, mucha ira, como que esta subyugado por otra persona y era como que mis amigos empezaron a ser lo que tanto odiábamos.*

No había tenido la fiesta de quince aún y Marina se quedaba sola y en silencio. *Llegué a mi casa y no dije nada.* ¿Qué podía decir? ¿Cómo se dice esto? ¿Quién puede oírlo? La pantera dentro de Marina se marchita, se exilia, se encierra. *Estaba tan deprimida por lo que había pasado con mi amigo que yo no salía de mi casa, mantenía de mi casa al colegio y así.* Casi puedo escuchar su rugido hacia adentro, haciéndole peso al corazón. Romper con todos sus amigos así de golpe para no ser *las mismas cosas que uno odiaba.* Ahí hay una valentía de Pantera vieja. Una pantera vieja de catorce años. Una quisiera pensar que sería como Marina, que prefiere la soledad de una pieza a la venganza. Ojalá en el fondo sea como ella. La admiro y su belleza eclosiona en cadenas de luz y resistencia. Ojalá nos sonría otra vez un poquito, porque cuanta valentía hay en esas muelas.

Estuvo así, de la casa al colegio, del colegio a la casa, en la casa en la pieza. Hasta que un día se le cruza la danza en el camino. Una amiga le pide que la acompañe a un ensayo. Marina queda deslumbrada, algo en su cuerpo le palpita. ¡Bendito rugido! La vida cambia y se llena de movimiento. *Yo agarré*

*la danza como un no sé, como un transporte para huir de mi realidad. Yo salía del ensayo y uno ve como que a los mismos que ponchaban en la esquina. A mí ya me daba jartera. Entonces yo me entraba a mi casa normal y ya al otro día, ensayábamos mucho, todos los días. Queríamos estar muy metidos allá y eran seis horas de clase, yo era literal seis horas de clase y seis horas de ensayo. Entonces era como que no tenía tiempo para lo que el mundo del barrio me pudiera ofrecer. Y era como eso, que uno busca ese espacio donde se pueda sentir bien, donde se puede sentir seguro.* El baile aparece como la posibilidad de abrir con las garras un nuevo lugar de existencia. Abrir con el cuerpo un espacio que antes no existía y que huye de las miserias del tiempo. Un espacio nuevo, para respirar, para enunciar, para denunciar, para cuidar, para ser libre. Veo a Marina bailando en mi mente y su cuerpo elástico crea un mundo para otras Marinas, para oleajes, para carcajadas, para mujeres afrodescendientes que nos miran de frente con enorme dignidad. Un espacio para que la belleza se despliegue todita, en un caleidoscopio multicolor. El baile para decir: este cuerpo es mío. El baile para drenar dolores, para doblarle el rumbo al destino. El movimiento para romper el círculo de la violencia. El baile de Marina hackeando la guerra como destino. Mira como las dos Marinas se vuelven una. Ven, párate conmigo y aplaude. Mírala como ruga con su cuerpo y la tierra tiembla agradecida.

El baile es narrativo. El cuerpo dice y las obras de la compañía de Marina también dicen, dicen de frente. Con miedo, pero de frente. *Entonces la forma de alivianar ese dolor que uno lleva por todo lo que le ha sucedido, es esto, contándolo. Y como uno no lo puede contar diciéndolo, o sea, hablando y denunciando; tiene que buscar otras formas de hacerlo y para nosotros fue con el baile. En mi compañía hay una obra muy literal porque contamos exactamente las cosas como suceden, sin taparle. Porque a veces uno también quiere como maquillar las cosas para que no se vean exactamente igual y para que la gente lo entienda de manera abstracta y yo no sé qué. Un montón de cosas que es lo que hacen la mayoría de los grupos de Bogotá, Medellín, en las ciudades más grandes que son las que hacen eso.* Para Marina y sus compañeros la metáfora no vale si es para embellecer o maquillar, si van a bailar lo van a bailar de frente,

con los músculos, con la garra del alma. Ovación de pie a estos jóvenes que, aun con miedo, quieren abrir un nuevo espacio dentro de nuestro cuerpo, para que podamos de una buena vez sentir su dolor.

Marina pone el cuerpo para que podamos desnaturalizar la violencia. Marina pone el movimiento para que demos vuelta la cabeza. Sí, ahí está un dolor muy monstruoso, pero si lo vemos, tal vez podamos llorar tantos muertos. *Mucha gente ha llorado, la obra la hemos presentado varias veces en Tumaco. Hay gente que sale llorando, y luego va y abraza a los bailarines. Como que se sienten que están ahí, y lo están viendo, y que le está sucediendo a otras personas, el dolor disminuye o la ira disminuye. Cuando uno ve que a alguien le pasa lo mismo que a uno, no se siente tan solo, uno ya sabe que los demás se sienten igual que uno.* El baile como el duelo colectivo que nos merecemos, como el que necesitamos tan urgentemente para volver a sonreír. Un ritual inmenso, que nos ponen en la cara, unos jóvenes que desde los márgenes vienen rugiendo.

Como dice Plu con Pla: “Somos las voces de la resistencia, estamos luchando por nuestra existencia” Así de berraco es el rugido de los bailarines, la lucha es tan dura como esto: luchar por la propia existencia. Luchar por el derecho más básico. El aullido en Tumaco es por garantizar el primer artículo, del primer capítulo de nuestra constitución: “El derecho a la vida es inviolable”. Así de atrás, así de valiente, así tremendo: luchar por lo básico del primer derecho. Ni qué decir de los demás...

Marina me dice: *Quiero bailar hasta que el cuerpo me lo soporte.* Y yo pienso que baila por todos. Incluso por ti que aún no la conoces. Pienso que cada paso de su compañía de danza, nos hace más blandos y más humanos. Que bailar es una manera de llorar riendo. Que sus cuerpos jóvenes recomponen el mundo, desde un salón cualquiera en el pacífico colombiano. Pienso que lo enorme de un grito, puede ser para nosotros invisible, pero no por eso deja de existir. Marina, deseo que bailes hasta que el tiempo se haga infinito. Siento tanta gratitud de saberte viva. Viva y bailarina. Una mujer hermosa que ruge como el viento.



**Walter:**  
**Una cosa es ver los**  
**combates**  
**y hablar de la guerra**  
**detrás de la pantalla**  
**y otra cosa es estar en**  
**la guerra**



“Ahora prefiero esta condición  
Que él me hiciera el retrato y no sacarle el son.  
Cuando estaba bebiendo  
Siempre me insultaba  
Con frases de cariño que sabía decir”

Rafael Escalona

Esta es la historia de Walter que crece sin agua corriente en uno de los tantos barrios populares de Cali. Esta es la historia de un niño lleno energía, que no encuentra en dónde ponerla. Es la historia de Walter, abandonado por su padre. Y es la historia de cómo lo busca y lo repele al mismo tiempo. Es la historia de cómo los juegos más divertidos se vuelven pesadillas. Es la historia de un Metalero de Cali que trabajó como obrero, reciclador y aseador de baños en bares. Es la historia de un joven que pierde a su mejor amigo y con él un pedazo fundacional del alma. Es la historia de un chico que quiere justicia, pero se desorienta. Es la historia de una promesa secreta de dejar el ejército y luego cumplirla. Es la historia de un niño que fue arrancado de su madre y que ahora baila con ella unos pasos de salsa y otros de breakdance. Es la historia de un joven que ve el cadáver de su mejor amigo y lo abraza mientras está ensangrentado y le acaricia el pelo. Es la historia de un joven que pone una academia de baile, para que los niños no se vayan a la guerra.

Pero esto no es una historia, esta es una vida muy viva. Es una vida compleja, enorme, inconmensurable. Una vida que no sé cómo se comprime en tan sólo 24 años. Walter es un gran narrador, me cuenta con muchísimo detalle las escenas, ilumina en mí sus recuerdos, como si fuera un proyector. Su vida se me queda adentro y yo siento entonces que ahora soy un poco más extensa que yo misma, porque ahora en mí, vive Walter y también su amigo Santiago que murió en un combate.

*La casa en la que crecí quedaba en un lote que nos dejó mi tatarabuelo.  
Era una casa de esterilla y barro. Yo de pequeño no la veía de barro,*

*para mí era un palacio. Yo veía todo gigantesco, enorme. Teníamos un lote atrás lleno de árboles, yo me imaginaba que estaba en el Amazonas que estaba por allá explorando. Yo soñaba con ser paleontólogo. Yo me imaginaba que estaba escondido entre los árboles y salía un dinosaurio. Me aprendí una mano de nombres de dinosaurios. Cada vez que salía, porque me ponían a hacer un mandado, yo me ponía a imaginar: bueno si el viento me alcanza me muero y trataba de correr más rápido que el viento.* Walter el niño adrenalina, que puede ganarle al viento y a los dinosaurios. Walter el niño que se juega la vida en cada partida con la imaginación. Míralo, es un niño invencible en el patio trasero de su casa.

Pero muy pronto el juego se cruza con las violencias. ¿Dónde termina la imaginación y comienza la pesadilla? ¿Por qué no podemos jugar a que le huimos a la muerte? ¿Por qué todo se pone tan duro, tan rápido? ¿Por qué te tocó así, pequeño niño Walter?

Para ir más rápido que el viento intentó con la bicicleta. Pero su papá no tenía paciencia, ni entendía que el juego es el espacio más sagrado del universo. *Me decía: -no, usted ya no va a aprender. Eso que todos los días salimos y usted mantiene más en el suelo.* Y la moral que se va al piso cuando te dicen que no vas a poder, pero tú sabes que derrotas dinosaurios enteros en el patio de la casa. Ese *usted no va a poder*, que arde como un dardo en el pie. *De pronto empezó el alegato de esos muchachos allá y mi papá dijo: - Ay, otra vez, este poco de viciosos, van a empezar a joder entre ellos. Cuando menos pensamos fue la lluvia de balas. Y todo el mundo a correr. Claro, mi papá iba a coger la bicicleta, pero yo empecé a pedalear. En ese momento me le adelanté en la cicla. Pero ahí no hubo felicitación, no hubo nada, si no correr a la casa a escondernos.* Walter aprende así a ir más rápido que el viento, sin que nadie se dé cuenta, sin la aprobación de su padre, sin un abracito si quiera. Pero salva su vida de algo peor que la mandíbula de un tiranosaurio. Walter se salva solo, como tantos otros niños de los barrios. El juego se tejió con el miedo. *Fue difícil retomar la bicicleta porque me daba miedo que fuera a ocurrir lo mismo.* Me imagino a Walter de 8 años, sus manitos tiemblan en el manubrio, se sobresalta

con los sonidos de la cadena. No sé si lo que siento es tristeza o indignación o rabia. Ningún niño debería asociar bala con bicicleta.

El papá de Walter desaparece de pronto, luego volverá a aparecer y luego se irá de nuevo. *Mi papá es como la hache, está ahí, pero es muda.* Si es que está, si es que estuvo. Walter vivía con su madre, su abuelo y sus hermanas. *En mi casa no teníamos lavadero, ni teníamos agua potable. Nos tocaba que recorrer por el agua. Había era un río. Y ahí habían hecho un lavadero comunitario, de piedra, largo. Quedaba aproximadamente a tres kilómetros de mi casa. Entonces, íbamos a lavar ropa con mi mamá. Nos tocaba que llevar los baldes con ropa seca de aquí hasta allá y de venida tocaba traer los baldes con ropa mojada. Era muchísimo peso. Al principio lo tenía como un juego. Pero a medida que fui creciendo me empecé a agobiar.*

En esas caminatas la mirada de Walter va cambiando, el niño que le ganaba al viento, comienza a alargarse y a mirar alrededor. Las preguntas aparecen para destejer la infancia. Ese balde de preguntas mojadas que pesan, ese peso de ser muy rápido el hombre de la casa. *¿Y por qué yo no tengo y otros tienen? Yo entraba a las casas de mis compañeritos y decía tan chévere. ¿qué se sentirá vivir así tranquilo? ¿qué se sentirá tener su propio cuarto? ¿qué se sentirá tener su propia cama? ¿qué se sentirá tener una puerta en sus cuartos? De que yo, cuando me enojara pudiera azotar mi puerta y no tener que cerrar la cortina en cambio.* Ese peso de ser el varón, el protector, el macho y no tener siquiera intimidad. La casa ya no parecía un palacio.

Walter trabajó de muchas cosas mientras terminaba su bachillerato. Era ese muchacho que no se vara, que hace rifas, que vende ropa en la calle, que vende en los bares las artesanías de su abuelo. El muchacho que no se vara, pero que cultiva una tristeza secreta adentro. Trabajó como constructor, como reciclador y haciendo aseos en un bar de metal. Le metió los dientes a la vida como un tiranosaurio rex. Le salió una posibilidad de trabajo, pero no tenía su libreta militar. Su mamá le dijo que no se preocupara, que ella iba a hablar con algunos tíos para ver si la podían comprar. Pero había en Walter otras fuerzas secretas para querer ir a “regalarse” al ejército, fuerzas contradicto-

rias y vivas que operaban en los sedimentos de su corazón. *Yo estaba bien metido en mi época de metalero, en la que yo escuchaba el disco One de Metallica y decía, uff, brutal. Necesito vivir una experiencia así o cosas así sobre la guerra y todo eso.*

*No quería pensar en la familia, en responder por mis hermanas y mi mamá, sino que empecé a pensar solamente en mí. Empecé a ser un mini papá mío. En querer hacer allá y desaparecerme de todo, de todos, de toda la responsabilidad alguna. Caí en ese ahí, en ese círculo vicioso, lastimosamente. Pero quería seguir ayudándolas, pero desde allá. Ayudándolas, pero con mi vida loca.* Otra vez, en la vida de Walter, están por chocar la imaginación aventurera y la dura materialidad de la violencia. También se ha armado dentro de él una extraña espiral: quiere proteger, ser un héroe justiciero, ser un hombre con hache mayúscula y termina por desaparecer en silencio como su padre. Quiere estar de frente a la vida, a los peligros. Quiere avanzar, tener trabajos. Pero también quiere jugar un juego que desconoce. Se chocan dentro de él dos oleajes: el de querer ser su padre y no querer serlo. *Quería mi vida loca, quería la adrenalina del combate y no había tenido el primer combate en mi vida. Porque pues una cosa es ver los combates y hablar de la guerra detrás de la pantalla y otras cosas, estar en la guerra.*

A pesar de no tener 18 años, Walter le miente a su madre. *Le dije: - me voy con unos amigos para un evento que se hace acá en Cali. Ella me dijo bueno, vaya con mucho cuidado. Y mentira me había ido para el batallón. Me fui para el batallón con 17 años a regalarme. Hice la fila y todo, cuando bueno, me pidieron cédula y pues yo no tenía. El sargento en ese entonces me dijo: Usted que hace aquí usted es un niño, venga el próximo año. Yo llegué y le dije: No, si no me llevan ahora no vuelvo nunca. Y él dijo: No pues cuidado, el soldado universal. El Rambo. Si usted no vuelve aquí el ejército se acaba. ¡Váyase para su casa niño! Y yo me fui aburrido.*

Walter vuelve al otro día con su pelo largo y una camiseta de Megadeth con una ilustración de un esqueleto que ahorca a un político. Logra colarse en la

fila, luego de que han pedido el documento a los demás muchachos y entra a las pruebas psicotécnicas. *Entré yo al consultorio de la psicóloga y lo primero que veo es a Cristo Redentor en un cuadro y el Sagrado Corazón de Jesús en otro y yo dije no puede ser. Yo dije: no, ya me rajaron, claro. Ella me dijo joven: ¿usted pertenece a un culto? A lo que yo le dije no, podría decirse que, a una tribu urbana, pero no un culto. Entonces yo lo dije: yo no tengo ni pensamientos psicópatas, ni me voy a suicidar, ni voy a matar a alguien, ni voy a sacrificar a alguien por si usted se lo imagina. Ella me dice, no, tranquilo, yo, pero yo sabía que en su cara estaba totalmente el prejuicio. Entonces recuerdo que iba entrando un Sargento y me ve y me reconoció, y dice ¿usted otra vez? Yo llegué y le dije: - Mi comandante. (Es un término en el ejército que no se usa porque es un término guerrillero.) Ay, Dios, no, yo no sabía. Y él me responde: - ¿Como así que mi comandante, y quién es este? ¿A ver quién es usted? ¿Cómo llegó aquí? Permítanme su Cédula. Y yo le dije: no, yo no tengo cédula. Y él: ¿Ah cómo así? ¿Usted sabe que acaba de cometer un delito? Esto es un delito, lo que usted está haciendo y puede ir preso. Y yo: no, no. Yo no quiero ir preso. De repente me dice: Pero ojalá todos fueran así de regaladas como usted. ¿Cuándo cumple los 18? Le dije: yo los cumpla en 8 meses. Dice: bueno. Yo le voy a colaborar y por allá le sacamos su Cédula.*

Es una escena extraña la de un metalero haciendo la fila para entrar al ejército. *Mis amigos se burlaron mucho ¿Bueno vos no estabas en contra del Estado que haces por allá metido?* Pero yo creo que no es una escena contradictoria, creo que en la imagen de Walter, con su camiseta de Megadeth, se cifra una grieta de su corazón. La rajadura de un adolescente sensible y melómano, queriendo estar en el mundo como un hombre de honor. Un adolescente que no se vara, que quiere ampliar su mundo, que quiere aventurarse. Que no quiere cargar baldes con ropa mojada por las calles. Un muchacho que quiere más, que quiere vida. Un muchacho que se salva solo, como tantos en los barrios.

La idealización de la vida en el ejército se viene abajo rápido. Walter no tiene tiempo ni de ir a su casa a contarle a su mamá. La llama por teléfono y le

miente de nuevo. Le dice que se lo han llevado por remiso. *Recuerdo que mi mamá llegó con un poco de sacos, con cobijas tres tigres, y un poco de cosas. Pero jamás voy a olvidar a mi mamá llorando. Porque ella no quería que me fuera para el Ejército. Ella siempre ha culpado el conflicto de este país. Estaba en contra de ir a matarse entre pobres, mientras los que verdaderamente tienen los problemas, están sentados sin hacer nada. De que iba a ganar medallas a costa del sufrimiento de otras personas. Y ella no quería ver eso en un hijo suyo.* Se abrazan a través de una reja. Una cosa metálica y dura que los separa, que no los deja estar juntos del todo. Una reja que les separa el corazón.

Aunque les habían dicho que iban para Pasto, en el último momento les dicen que van para Caquetá. Al llegar los encierran en un galpón. *Pero entonces ni siquiera ni siquiera éramos militares como tal, no nos habían dado ni uniforme ni nada. Éramos civiles encerrados en un alojamiento donde los soldados lo que hacían era cerrar las puertas y ustedes allá adentro se resolvían o se hacen amigos o se matan entre ustedes. Ahí te empiezan a formar, entonces ahí usted ya sabe que no duerme, tiene que tener un ojo abierto y el ojo y el otro dormido para no descuidarse jamás. Cosa que así tienes que dormir cuando estás en el área de operaciones, prácticamente con un ojo abierto y el otro cerrado. Entonces queriéndolo o no, nos estaban formando entre su disciplina, para eso es para ellos eso es "formación".*

A Walter le roban el celular cuatro veces y se siente en una cárcel. No coincide esta idea de héroe de la patria que veía en las propagandas con esta sensación de orfandad y miedo.

*Recuerdo que una vez pedí para llamar a mi mamá. Ellos trabajan la psicología de una manera brutal, eso es un lavado de cerebro enorme. Yo dije: necesito llamar a mi mamá. Me dice, va a llamar a su mamá, a ver venga para acá. Me colocan en un barranco y me dice: Grite, mamá. Si no grita lo pongo a voltear. Y yo en un precipicio me pongo a gritar mamá y a gritar, maaaaaaaaa. Y me dice: listo, ya llamó a su mamá. A ver, vuelva la formación.* El lavado del cerebro, es lavar en los

muchachos cualquier idea de vulnerabilidad. Como si amar a la madre fuera ridículo, como si todos no necesitáramos un abrazo materno en el que no estorbe una maldita reja. Ahí está Walter, de 17 años, sintiéndose risible y débil por necesitar amor.

Para resistir ese juego cruel en el que se metió, se ponía a ver videos de motivación del ejército y pensaba: *yo sé que voy a poder con esto. He podido con cosas peores. Esto no me va a quedar grande.* Para resistir debe alinearse con el sentido de la institución, con su música, con su ritmo. *Las trinadas son los cantos mientras trotas. Recuerdo que hay una que nos la hacía repetir mucho cuando estemos haciendo el curso de lancero, que es la oración al loco. Decía: hay locos que nacen locos, hay locos de corazón, hay locos por la milicia y otros locos por el amor, pero de todos esos locos, yo soy el peor. Por qué matar guerrilla, es mi profesión y pisar calaveras, qué rica sensación. Nos hacían cantar esto para que nos acostáramos a dormir con una dirección hacia el aniquilamiento, que no podíamos dejar con vida nada.*

También ayudó que logró convencer a Santiago, para que viniera con él al ejército. Con tal suerte que terminan juntos en el mismo grupo y atraviesan el terror del primer combate. *El ametrallador estaba prestando turno de centinela y nosotros vimos que llegó él, llegó corriendo y no podía hablar. De repente dice: nos cayeron. Ahí se viene el aguacero de balas. Se me vinieron los recuerdos de mi mamá. Yo no sabía qué hacer, se me encharcó la vista, se me olvidó cargar el fusil, me temblaban las manos, yo solamente quería esconderme debajo de la tierra. En ese momento se me olvidó que yo quería ser militar. Yo quería salir corriendo, me sentía como un civil. El ametrallador empezó a llorar y a pedir a la mamá.*

*Tengo un compañero que es gay. Yo me le quito el sombrero, porque sin él yo no sé qué hubiéramos hecho ese día. Y él llegó. Y se paró y dijo: ¡Yo no me voy a dejar morir porque mi novio me espera! Jamás me voy a olvidar de esas palabras. Y llegó cogió la ametralladora. Pero como él no había tenido el curso de operador no sabía cómo usarla. La cogió y dijo: Ay no, yo no sé usar esto. Y se la tiró al ametrallador. Lo cogió del*

*camuflado y le pego en la cara. Y le dijo: ¡Prenda eso, que yo no me voy a dejar morir! ¡Prenda eso! Y claro el tipo entró en sintonía y de una vez empezó a disparar. Una vez empezó la ametralladora, subió la moral del pelotón. Y pensamos bueno, es ellos o somos nosotros.*

Este recuerdo me deja muda. Me paro en el filo de un silencio abismal. De un silencio como el que dice Walter que se hace presente cuando dejan de sonar las balas. No es natural matar, ni estar en riesgo de morir a manos de otra persona. Por eso, a estos adolescentes se les olvida todo su entrenamiento. Porque frente a la muerte, los humanos queremos refugio y parar el juego de una vez y decir: tacho remacho no juego más. Pero la guerra es un juego de macabra dureza, que es tan difícil de parar. Me conmueve que los sostiene el amor, el amor del compañero por su novio. Porque frente al horror, siempre se antepone esa otra fuerza que nos constituye y sus pactos secretos.

*Salíamos con mi mejor amigo a media noche, en el batallón y comenzábamos a hablar, algo muy privado. Walter le habló de sus dudas a Santiago: ¿Qué estamos haciendo? Yo no me metí a esto a matar niños. ¿Lo que estamos haciendo está bien? A mí nadie me dijo que yo iba a combatir con niños. Se supone que yo iba a combatir unas pestes, unos tipos que están haciendo daño. Walter cierra los ojos y recuerda esa niña guerrillera que hirieron en combate. No tendría más de catorce años. Recuerda su mirada llena de horror, cuando los acusaba: ustedes me van a matar, me van a matar, me van a matar.*

*Esa noche hablamos de que sabíamos que en el cronograma de operaciones se venían cosas mucho más grandes y cosas en las que íbamos a estar con mucho más riesgo. Entonces nos hicimos una promesa entre los dos. La promesa era que, si en algún momento alguno de los dos le iba a pasar algo, el dolor iba a ser de una sola madre y no de las dos madres. Así que el otro se tenía que retirar de la fuerza. Y en eso quedamos.*

Esta promesa me recuerda la canción del maestro Rafael Escalona: “Recuerdo que Jaime Molina, cuando estaba borracho, ponía esta condición. Que,

si yo moría primero me hacía un retrato. O, si él se moría primero le sacaba un son”. Es la misma situación de dos hombres que hacen promesas frente a la muerte, pero mucho más triste y deslucida y trágica. Sin embargo, en el fondo está la misma amistad entrañable entre muchachos, que se adoran, que se insultan con tanto cariño, que se abrazan. “A donde quiera estaba, él estaba conmigo. Y donde quiera estaba, yo estaba con él.” Cuando atravesaban combates volvían al juramento. *Santiago me pegaba en el casco decía: Cualquier cosa nos vemos del otro lado. Y yo le decía: Ojo con irse así, no se me pierda. Porque usted es malo para el sentido de la orientación. Me espera que usted no se orienta en el monte. Hágale tranquilo mi lanza y seguíamos en lo nuestro.*

El último combate de Walter fue el más escabroso. De la nada los hacen formar en la cancha. El superior les dice en susurros que se está acercando una columna de guerrilleros hacia ellos. *Casco, chaleco y munición de reserva y nos vamos porque nos van a matar. ¿Qué podíamos hacer 35 soldados contra 200 guerrilleros que se dirigían hacia nosotros? Teníamos que huir bajando por la cordillera, pero no hacerlo por donde siempre porque, según informantes, había más disidentes esperándonos abajo, entonces nos toca bajar por un barranco corriendo, eso nos golpea todo el cuerpo. No teníamos munición. No podíamos ver nada. No teníamos equipos de visión nocturna. Teníamos la guerrilla tan cerca que ellos nos gritaban, nos decían: Los vamos a matar patiamarrados.*

*Llegó Santiago. Y ahí se despidió de mí. Se me acercó y me dijo: Nos vemos del otro lado. Yo llorando le dije: No. No nos vamos a ver del otro lado, nos vamos a ver aquí. Y me dijo: Dejé tu bobada, lanza nos vemos del otro lado. Ojo con nuestra promesa. Al final le dije: Pero no se vaya a ir sin mí que usted es muy despistado, para el sentido de la orientación. Él me dice: listo. Y nos dimos el golpe en el casco.*

Se crea un silencio enorme del tamaño de un planeta. Sólo se escucha la respiración y el sudor saliendo por los poros de los muchachos que están acostados en un barranco. Cada uno sacando cuentas con sus recuerdos, con sus seres amados. Cada cual rezándole a su dios personal. Porque estar ahí, con

el corazón desbocado, no se parece a ningún videojuego. El tiempo parece estirarse al infinito, hasta que del cielo bajan unos enormes helicópteros.

*En la plaza, tenían a los cuerpos formados en bolsas blancas. Empecé a abrir las bolsas y ahí fue cuando lo ví a él. Y para mí fue la peor sensación del mundo. Tenía un agujero entre la clavícula y la garganta. Jamás voy a olvidar esa imagen. Yo me senté y lo coloqué en mis piernas y lo empecé a abrazar. Llegaron los enfermeros de combate y me decían que no tocara el cuerpo porque era una investigación. La cara que les puse yo creo que les dijo todo y ellos se alejaron. Yo lo peinaba a él, y le limpiaba la cara porque había quedado manchado. Y le decía: -Yo le dije que usted no se iba a ir sin mí. Usted no tenía que haberse ido sin mí. Porque usted es muy despistado, marica.*

“Ahora me duele que él se haya ido yo quedé sin Jaime y él sin Rafael”

Walter cumplió la promesa y dejó el ejército. Por un tiempo largo lo persiguieron las pesadillas más vívidas. También le apretaba el recuerdo de la cara de la madre de Santiago, cuando fue a contarle de su muerte. Estuvo como bailando un ritmo extraño, que no sabía cómo seguir. Pero ahí estaba su madre, como tierra firme, como un ritmo, un latido de lo fundamental. Ahora la podía abrazar sin que hubiera una reja que los separara. Walter, que bebió tanto tiempo del vaso de la ausencia del padre, encontró la fuente inagotable de la madre. Y recordó que todos en la casa materna bailan y que bailar es una manera de sacar el dolor para afuera y decir: aquí estoy, estoy vivo y el sol me pega fuerte en la cara.

Para recomponerse volvió a su raíz, la del niño melómano que bailaba breakdance. *Mi mamá es salsa. Mi abuelo era de los agua e 'tulo. Mi mamá con sus 43 años, también baila breakdance.* La raíz materna va formando un nuevo lugar de existencia y así, Walter decide armar una academia de Breakdance con otro compañero. Cuando ve a los niños bailar, siente que se abren miles de caminos que no llevan a la guerra. Y sonrío con el alma y con el cuerpo. Porque Walter llevó la promesa que hizo con Santiago mucho más allá. No sólo le evitó un dolor innombrable a su madre, sino que abrió una

pequeña academia para que los Santiagos del barrio no tengan la bala como destino.

*Me da mucha tristeza de los compañeritos con los que crecí, en este momento, no sé qué habrá sido de ellos. Sí se habrán vinculado a esas pandillas, sí habrán salido adelante y se habrán alejado de todo ese entorno como lo hice yo. Porque conozco de mano propia que hay muchos jóvenes con muchos potenciales, con muchos ideales con ganas de salir adelante, pero precisamente el entorno no los deja. Walter ve el talento en los otros y así se expande el suyo. El sentido se vuelve entonces como red de afecto que crece y crece. Bailando se amplía el mundo y los muchachos encuentran un lugar para quererse sin que sea ridículo. Un lugar donde el cariño es necesario.*

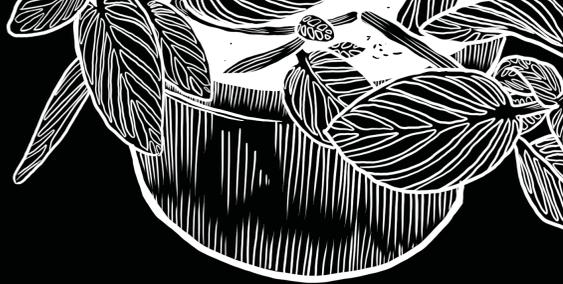
Pienso que al final Walter cumplió con la canción de Escalona: “O, si él se moría primero le sacaba un son”

Y qué bello son.

Y qué bellos son.









Una iniciativa de



**LEGADO**  
COMISIÓN DE LA  
VERDAD



Por la niñez en Colombia

Con el apoyo de

